

# UNA VISION DE

**A** VANZANDO en automóvil hacia Puebla de los Angeles, surge Cholula como una prodigiosa aparición entre un oscilante mar de reflejos. Toda la prodigalidad del paisaje mexicano se hace turbadora en este resplandeciente escenario del barroco mestizo de un país que puso a prueba su delirante fantasía en el adorno de tantos templos. Es la ciudad, hoy discaada en un onario de yertos esplendores, que posee más iglesias en un suelo en que falta el tiempo para conocer íntegra las maravillas de su arte religioso.

Desfilan las cúpulas centelleadoras, algunas de prestigio bizantino, y empezamos a verificar la veracidad de la leyenda que adjudica a Cholula el privilegio de poseer un templo para cada día del año.

El contorno suscita la imagen de un inmenso cenobio, hoy deshabitado, y a cuyas necesidades espirituales sólo sirve un puntado de rutinarios frailes.

El gran templo de Cholula es una increíble aparición que corona el *teocalli* orgulloso, cantado por José María de Heredia, antes que cavarán sus entrañas turbadoras los arqueólogos modernos.

Hállase sentado en la famosa Cholulteca pirámide. Tendido El llano inmenso que ante mí yacía. Los ojos a espaciarse convidaba...

Tenemos ante la mirada, lo mismo que el poeta cubano, la viril criteira del Popocatepetl, cementerio de aviones y descomunal cabeza mágica del Anáhuac. Tan sólo emerge su truncado vértice que se compara a un copón litúrgico.

Las nubes que de allí se desprenden son de diversas clases; unas se amontonan sobre el flanco, como nubes vellones de lana que dejan descubrir, por unos instantes, el agriego cono en su mole presagiosa. Otras discurren límpidas sobre el mirífico cielo castigado con las reverberaciones de un día esplendoroso, y las más mínimas navegan en ascenderos escudrones, sobre el valle salpicado de parcelas, chacras y huertas frutales y ópimas, en cuyo espacio habitaron los desaparecidos toltecas.

En las entrañas del *teocalli* numerosos túneles escudrían los secretos de una civilización precolombina, que hoy suscita el Estado en calidad de tesoro arqueológico. Hay millas y millas de túneles que la curiosidad científica ha entregado al conocimiento del hombre actual y que confunden al mejor orientado en su maraña de adobes, con restos de pinturas, que los siglos han deslucido. Así seguimos el sendero de los muros y escalinatas de la vetusta plazaleta donde los indios celebraban sus ritos y que, según el investigador Morley, es donde aún medra la construcción más grande de la tierra en lo que respecta a volúmenes.

Pero si grandiosa es la sensación que Cholula provoca desde su ángulo indio, es superior todavía lo que depara en su irradiación mestiza. Aquí en las vicinidades, profusas en la ornamentación de los templos o en la caprichosidad viciosa de los arabescos de sus altares y retablos. Nin-



# CHOLULLA

Por Ricardo A. Latcham

guna pluma podría resumir el resultado descomunal de la fusión de dos culturas: la barroca jesuítica y la demostrada, en su imprevista aportación, por sus catecúmenos. Exteriorizan ellas en su extensora policromía cuanto puede decirse en materia de formas, colores y actitudes. Los temas predominantes en el arte popular poblanco, aquí sustituido, son los que materializan, con originalidad insuperada, cuanto tiene relación con la muerte y el dolor subyacente en el crisol ardoroso del mestizaje.

El *Ecce-Homo*, el *Cristo Muerto* o la *Mater Dolorosa* están presentados en un plano ajeno a cualquiera concepción teológica y depurados de lo relacionado con una esencial interpretación cristiana. El indio los revistió de su gravedad impasible y de su realismo desencajado, como un símbolo de la desesperanza de vivir que el mismo sentía y quizá como muestra de su soterrada rebeldía.

En Cholula se participa de la fatiga de los sentidos experimentada frente al caos

purpúreo de tantos cristos humildes y macerados, de las dolorosas vírgenes convulsas y pálidas, de los *Ecce-Homo* que lo colocan a uno ante un alucinado rasgo de la psiquis primitiva.

En los pequeños y grandes conventos que hemos recorrido en intensa jornada, acompañados por un viejo compañero, el escritor Mariano Picón Salas, por su esposa, Beatriz Oñativé, y la del autor de estas glosas, también hay otras sugerencias, menos pavorosas y macabras. La silva barroca de los adornos, la mollicie bizantina de las cúpulas rutiladoras, la fabulosa cantidad de metal derrochada en tanta decoración superflua, la expresión dulzorrón de los ángeles mestizos que, a veces, insinúan un aire socarrón o perpetúan la imagen ofidica del que les dió vida esencial son parte de un universo apenas asimilable para el que no esté acostumbrado al ritmo del arte mexicano.

El jesuitismo transformó muchos templos en que ejerció su dinamismo psíquico, en un remedo de la repostería moajil

de la vecina Puebla, ciudad de conventos habitados por monjas flagelantes y por obispos predicadores que legaron sus lenguas a aquellos que gozaban con sus primeros oratorios.

El torrente barroco se diluye en impresionantes hojarascas frutales, en racimos coruscantes y en monstruosos festones que luego se miniaturizan en notas de graciosa profundidad azucarada y tierna como la de los alfajores poblanos.

Nos obsesiona una ronda de grandes y de menudas iglesias, algunas semejantes a joyeleros, otras parecidas a cuarteles o fortalezas que afrontaron impávidos el asalto ululante de las tribus en los días de la Conquista.

San Francisco de Huejotzingo, con la lúgubre sugerencia de un grupo de indios que por unas pocas monedas, a sugerencia de Mariano Picón Salas, nos ofertaron el rústico concierto de sus *teponaztlis* o tambores cilíndricos horizontales con ranuras en la parte superior. Allí parecía concentrarse en un momento lullero de la tarde toda la melancolía yacente del Anáhuac en el portal del templo franciscano, que es una de las más bellas reliquias del arte colonial primitivo mexicano.

San Francisco de Ecatepec surgió poco antes con su aire de frustrado abandono y sus azulejos que invaden todo el ámbito hasta cansar la vista. Y, por fin, Santa María de Tonanzintla, con su lúgubre cementerio, cubierto de yerbajos, en que hallamos vivos testimonios del fervor indígena comarcano, a través de esos nombres de feligreses que están grabados en las lápidas sepulcrales: José Marcelino Toxqui de Quechol, Petromilina Porquillo, y toda una sucesión de castigadas cifras que exornan el panteón parroquial.

Así desembocamos, al fin, después de una carrera automovilística frénética, en que Beatriz conducía como un centauro que guillotina el viento del valle, al augusto sitio en que está situada la decalida y modesta ciudad de Cholula.

Una pulquería vierte sus agrias emanaciones y hace contraste con una vecina y estandarizada fuente de soda. Afuera de la primera hay un letrero muy expresivo que reza así: *Aquí se expenden los exquisitos pulques de aciditadas haciendas de Calpulnal, Patztlaxcala asimismo del Tinacal de la Colonia Madre Propiedad del Sr. Simón Sánchez.*

Un incendio devastador de rosa y de oro emerge ahora del océano de torres y parece envolverlas a todas en las postres rutilaciones que permite la agonizante tarde septembrina de México. La lluvia empieza a tamborilear sobre el Anáhuac, y el Popocatepetl esconde su agresiva silueta en un capuchón de nubarrones. Las bóvedas sugieren, por momentos, imágenes moricas, y varias remedan el esplendor bizantino en su policromada acumulación de reflejos. Nos alejamos de este paisaje de Cholula y enderezamos el rumbo a Tlaxcala, antes de abandonar totalmente el escenario histórico en que cuajó la fisonomía esencial de México.

*Suscríbese usted a la revista*

## UNIVERSIDAD DE MEXICO

Letras • Ciencia • Sociología

ACTUALIDAD UNIVERSITARIA Y ARTISTICA

La suscripción anual cuesta \$2.00